

# XIX Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid

Como todos los meses de diciembre, nuestro *BCI* se hace eco de las voces que nos llegan desde Asturias con el relato ganador del concurso de temática minera que allí tiene lugar.



Ilustración de Alicia Gracia Aguilar.

# Marcinelle

Chiara Bertola

El día de su muerte, Giuseppe se despertó de buen humor. Después de todo un año de trabajos forzados, por fin faltaban solo unos días para regresar a casa, a Italia. Abrió la puerta chirriante de la cabaña antes de que el sol empezara a iluminar el cielo, y se fue por el camino de tierra oscura, ennegrecida por las huellas de las vagonetas de carbón de las minas. El perfil de los cuarteles dormitorio se esbozó en las nubes, sus líneas de pobreza recordaban con excesiva claridad el destino anterior de esos edificios, almacenes para inocentes de un antiguo campo de prisioneros de la Segunda Guerra Mundial. Se dirigió hacia las torres de acceso a los pozos. Junto a la puerta de la entrada, vio una bicicleta oxidada y vino a su memoria la excursión que hizo un año antes con su hija. Habían descendido la colina hacia el puerto, para el desayuno del domingo cerca del mar. Ella estaba sentada en equilibrio sobre la barra y en su rostro estaba pintada una expresión de serenidad. Él pensó que esto sería lo primero que querría hacer una vez llegado a casa. Cargaría a Teresa en la bici y recorriendo la ruta hasta el muelle, iría a tomar un café en el bar de Toni. Cuando llegó a la jaula, se encontró con sus compañeros de trabajo y juntos salieron de la noche momentánea para sumergirse en la oscuridad sin fin de la mina. Un ejército de sombras dóciles en procesión hacia el centro de la tierra. Mientras descendían hacia el vacío, Giuseppe se hundió como es habitual en la capa de aire húmedo y pesado, mientras que las fosas nasales se llenaron del olor agrio del subsuelo.

—Acabamos de llegar a mil treinta y cinco metros bajo tierra, aquí está nuestra oficina. Abrid las ventanas para ventilarla, regad las plantas y preparad los tinteros, porque hoy tenemos que escribir mucho —dijo irónicamente con actitud autoritaria, entre las risas amargas de sus compañeros. Se metieron en el túnel oscuro, que iluminaron con las linternas colgadas en las paredes, y tomaron posiciones para empezar a excavar. Después de los primeros disparos de martillo neumático, un bloque similar a un pequeño balón de fútbol se separó de la pared, y Giuseppe recordó el patio trasero de su casa, la portería dibujada en la pared y la pelota que regaló a su hijo cuando le enseñó a chutar. Parecía una mañana como cualquier otra, marcada por los golpes rítmicos de los instrumentos y por el rechinar de las ruedas sobre las vías. Pero de repente se oyó un fuerte ruido seco entre las paredes oscuras, un sonido diferente de los otros que bajó rápidamente desde la parte superior del pozo. No era tanto el ruido sino la vibración lo que les alarmó. Pronto se dieron cuenta de que algo grave había sucedido, porque la mina se sumió en un silencio ensordecedor, roto solamente por algunas voces excitadas provenientes de los pisos superiores, y la primera reacción fue volver al pozo para oír lo que decían. También trataron de

activar el ascensor, pero estaba bloqueado. Desde la chimenea, el humo espeso estaba bajando rápido y amenazante, y como un pulpo se introducía en las galerías laterales. No se puede huir, cuando estás en el fondo de un agujero de un kilómetro de ancho. Solo te puedes arrodillar y rezar, aunque no tengas ni idea de las oraciones. Desesperarse o confiar en que alguien pueda llegar. Se movieron en grupo desde el túnel principal y se deslizaron en profundidad, buscando un refugio donde el humo no pudiese llegar, pero todos eran muy conscientes de lo que iba a suceder. En una atmósfera de extraña compostura, Giuseppe se sentó, cerró los ojos y se refugió en sus pensamientos. Pensó en la desesperación de morir lejos de su casa, en Bélgica, vendido por su propio gobierno por unos pocos kilos de carbón. Pensó en una bicicleta llena de polvo en un garaje, en una pelota abandonada en medio de un patio. Y una lágrima trazó una línea clara en el polvo negro en su cara.